

Pseudónimo: Ángelus

Alquilo Habitación

“Alquilo habitación. Cama doble. Ideal parejas. Discreción.”

-Nos gustó el anuncio.

-De acuerdo, pues os enseño primero la habitación -Marc guió a la pareja por el piso mientras seguía explicando sus escasas normas de convivencia. Ellos se limitaban a escuchar y asentían cuando él se callaba. No parecían de la ciudad, pensó cuando les dejó inspeccionar la habitación. Hablaban un castellano perfecto pero su perfil no se dejaba encasillar.

-¿Sois de por aquí? -preguntó por lo tanto.

-Llevamos muchos años aquí -fue la respuesta que recibió de la chica que se había presentado como Lana. Marc quiso profundizar pero Dennis, el compañero de Lana, le interrumpió:

-La cama es muy grande, si nos enfadamos no tendré que dormir en el sofá -le guiñó el ojo a Marc y se acercó hasta la ventana.

-Yo no apostaría por ello, cariño -Lana sonrió y le rozó la espalda. Él se inclinó sobre ella y se besaron sin importarle la presencia de Marc.

-Si queréis os enseño el resto del piso -intervino Marc apartándose. Tal vez la idea de alojar a una pareja no había sido tan estupenda después de todo. La ruptura con Elisa era demasiado reciente, y la tontería entre una pareja enamorada no le ayudaría a olvidar. Estaba a tiempo de cambiar el anuncio.

-Es estupendo, Marc. Nos gusta. ¿Cuándo nos podemos instalar? -preguntó Dennis sacándole de sus pensamientos. Marc le miró aturdido.

-Cariño, no le presiones, tal vez no somos lo que esperaba -se excusó Lana con encantadora sonrisa.

-No, no es eso -se apresuró Marc y se encogió de hombros-. Supongo que mañana mismo, si queréis -contestó finalmente resignado.

Miró el reloj. Las once y media de la noche. Extrañas horas para mudarse. Estuvo a punto de levantarse para ver si podía echar una mano, pero los ruidos cesaron pronto y la puerta de la habitación se cerró. Se preguntó cómo sería compartir piso. La idea de tener a unos extraños en su casa no le llenaba de entusiasmo, pero desde que Elisa se había marchado, no podía hacer frente a los gastos.

Suspiró y cerró los ojos. Tal vez le viniera bien conocer a gente nueva. Se dejó arrastrar por el sueño, acercándose a mujeres hermosas, habitantes de una isla lejana. Entre ellas, Lana. Su melena se mecía con la brisa. Escuchó unos gemidos y se movió intranquilo en su cama. Cuando comprendió que los sonidos no procedían de su sueño, abrió los ojos. Distinguió entonces que los gemidos los causaban sus nuevos inquilinos. Al parecer estaban más que contentos por estrenar piso. Cogió la almohada y se la colocó sobre la cabeza. Definitivamente, había sido un error alquilar la habitación a una pareja.

Sobre las tres de la madrugada, con el sueño desvelado por completo, se aventuró hasta la cocina a por un vaso de agua. La pareja parecía haberse dado una tregua. Marc apuró la bebida a oscuras cuando sintió la puerta de sus inquilinos. Permaneció en silencio pero los pasos se acercaron. No quiso ni imaginarse la escena incómoda aunque era demasiado tarde para huir. Lana abrió la puerta de la nevera.

-Hola, Marc -dijo sin volverse.

Su fino camisón apenas la cubría.

-Hola.

-No te habremos despertado, ¿verdad? -se echó un poco de agua. Por fin se giró y se llevó el vaso a los labios. La luz de la nevera abierta le daba un halo fantasmagórico, algo que parecía sentarle muy bien.

-Qué va -mintió Marc y se esforzó por apartar la vista.

-Entonces, hasta mañana.

La noche siguiente se volvía a encontrar ya en cama cuando ellos llegaron. No les había visto durante el día, de modo que no pudo preguntarles si ya se habían podido instalar. No obstante, cuando escuchó unos golpes secos, se dijo que seguirían acarreando cosas.

Cuando cerró su libro y se dispuso a apagar la luz, le pareció escuchar un quejido de dolor. Se quedó escuchando con atención, pero al no repetirse, se echó. Intentó apartar sus pensamientos de lo vivido ayer en la cocina con Lana. Pero el esfuerzo sólo servía para avivar su imaginación y se atrapó sintiendo envidia de Dennis.

De día sus acaloradas fantasías volvían a enfriarse, dado que no coincidía con ellos. Harto de noches sin dormir, ya fuese por inesperados golpes o esporádicos llantos, decidió esperar su llegada. Empezaba a sentirse incómodo por haberles alquilado la habitación sin apenas saber nada sobre ellos. Estuvo tentado de entrar en su cuarto, sabiéndoles ausentes, para averiguar el motivo de tanto revuelo nocturno. Pero su pudor le había detenido. Ahora el reloj marcaba casi medianoche. Pensó que sería demasiado tarde para charlar un rato, pero la incógnita no le dejaría pegar ojo. Abordaría el tema con delicadeza pero con decisión.

Estaba maquinando las preguntas en silencio cuando oyó abrirse la puerta de casa. Pero hasta el saludo se le quedó atravesado en la garganta cuando les vio desfilar

ante él. Lana, Dennis y otra chica de notable belleza. Parecía estar algo bebida, pues miraba a Marc como si en realidad no le percibiera.

-¿Qué tal, Marc, todo bien? -Dennis le saludó con pícaro sonrisa al notar su interés por la situación. Lana también le sonreía, hasta que bajó sensualmente la mirada. Parecían moverse en cámara lenta.

-Todo bien -murmuró Marc.

-Estupendo -contestó Dennis y desaparecieron en su habitación.

Marc permaneció inmóvil durante un rato, después decidió acostarse. Las preferencias de sus inquilinos no eran cosa suya. Sin embargo permaneció desvelado. Intentaba ocupar su mente con cosas intrascendentes pero sin darse cuenta, se mantenía atento a cada posible sonido. Cuando por fin se adormiló, volvió a despertarse sobresaltado. Había escuchado algo...

Pasaron varias noches sin que Marc avanzara en sus investigaciones. Seguía sin coincidir con ellos durante el día. No les oía marcharse, aunque era posible que lo hicieran mientras él saliera a trabajar. Según sus cálculos, debían tener un horario laboral poco afable, si es que trabajaban. Quiso esperarles nuevamente, pero el recuerdo de la surreal escena de la última vez, le hacía posponer el encuentro siempre para otra ocasión. Sin embargo seguía sin poder dormir. Los sucesivos golpes que se producían entrada la madrugada, ahora se veían acompañados por otro sonido que a Marc se le antojaba como si arrastraran algo por el suelo. La situación era tan desconcertante, que se le ponía la piel de gallina cuando les oía llegar y cerrar la puerta tras de sí.

Otra noche, interrumpido de nuevo su sueño por los insólitos quehaceres de sus inquilinos, se armó de valor para llamarles la atención. Mientras salió al pasillo y se ató la bata, percibió unas risas nerviosas. El corazón le latía con fuerza al imaginarse las

escenas que podían estar llevándose acabo detrás de esa puerta. No le importaban las orgías que pudieran montarse pero los inquietantes sonidos debían ser desenmascarados.

Oyó la voz de un hombre y no era la de Dennis. De nuevo el pudor le detuvo de llamar a la puerta. Pero entonces distinguió un gemido y no era de placer. No supo bien cómo su mano, en lugar de llamar a la puerta, se posó sobre la manilla y la abrió con sumo cuidado. La luz de las velas era tenue, las sombras bailaban grotescamente. Ahí estaba un chico joven estirado sobre la cama. A un lado, y dando la espalda a Marc, Dennis atándole una mano a los barrotes de la cama. Al otro lado, Lana, haciendo lo mismo con la otra mano. El chico se reía embriagado por una mezcla de terror y excitación. Marc seguía la escena anonadado, entonces Lana le miró. No se sorprendió al verle y le sonrió. Marc cerró la puerta y cogió aire.

Varias horas más tarde escuchó abrirse aquella puerta. Se asomó para ver si volvían a marchar todos juntos pero sólo vio a Dennis arrastrando un saco negro. Se sintió desfallecer, sin embargo a prudente distancia, se plantó ante él.

-¿Qué llevas ahí? -estaba seguro de que Dennis advertía su temblor.

Dennis disimuló su sorpresa con maestría, señaló el saco con desdén y contestó:

-¿Esto? Sólo es basura, Marc.

-¿Bajas la basura a las cuatro de la madrugada? -cada palabra era un tormento.

-Así es, Marc. ¿Existe alguna normativa en contra de ello?

Cuando Marc hubo quedado solo, fue a la cocina. Estaba sediento. La cabeza le daba vueltas. Sintió que le estaban observando y saltó hacia atrás.

-¿No puedes dormir? -Lana estaba apoyada en el marco de la puerta. Marc negó con timidez y bajó la mirada al suelo. Lo cierto era que no podía evitar desearla. Percibió su sonrisa-. Escucha, no te molestarán nuestros juegos, ¿o sí?

-No..., no, a mí me da igual. No va conmigo pero... eso no me incumbe. ¿El chico se marchó? -se sintió idiota.

-Duerme plácidamente -suspiró-. Lo cierto es que yo también me estoy hartando de todo esto. Pero Dennis...

-¿Por qué sigues con él si esto no te apetece? -no recibió respuesta inmediata por lo que alzó la vista. Sobre el rostro tan perfecto de Lana se dibujó una expresión de terror.

-No puedo dejarle. Si lo hiciera, me mataría.

Antes de poder contestar escucharon la puerta de casa y Lana huyó a su habitación. Marc no se atrevió a respirar hasta que sintió a Dennis unírsele. De nuevo en su cama, las palabras de Lana y los extraños sucesos tardaron en dejarle dormir. Pero cuando hubo desconectado, un nuevo sobresalto le hizo abrir los ojos de para en par. No estaba solo en su cama y la silueta no correspondía a la de Lana. Quiso erguirse alarmado pero una mano le oprimió con fuerza inusual.

-Pensé que habíamos acordado discreción -reconoció la voz de Dennis-. Lo que hagamos detrás de esa puerta sólo nos incumbe a Lana y a mí. Asimismo, Lana sólo me incumbe a mí. ¿Ha quedado claro? Estupendo.

Horas más tarde, ya de plena mañana, Marc seguía temblando envuelto en sus mantas. Hablaría con ellos. Les diría que se buscaran otro sitio dónde divertirse.

Sin embargo llegó la noche, los vio desfilar con otro chico joven hasta su habitación, y no se atrevió a abrir la boca. Las risas, gritos y golpes de todas las noches volvieron a atormentarle. Incluso parecían más nítidos, cómo si se quisieran burlar de él. Decidido a averiguar qué llevaba Dennis en los sacos negros, dejó caer sobre él angustiosas horas de espera. La cocina le pareció el sitio más neutro por si acaso al final no se atrevía preguntar.

Sin embargo ocurrió algo inesperado. Oyó un grito espeluznante y de inmediato salió Lana a su encuentro. Estaba aterrada, su escasa vestimenta y blanca piel estaban manchadas con sangre.

-¡Ayúdame, Marc! ¡Se ha vuelto loco! -gritó y se escondió detrás de él. Dennis llegó no en mejores condiciones. Su mirada estaba colerizada.

-¿A qué juegas, Lana? ¡Vuelve ahora mismo! Estás complicando las cosas.

-Le ha matado, Marc. Ha matado al chico y ahora quiere hacer lo mismo conmigo.

Dennis la miró desconcertado pero de pronto sonrió.

-¿Qué estás tramando? No hagas caso, Marc. Es ella la que se ha vuelto loca.

Pero Marc sólo podía fijarse en la sangre pegada en sus manos, en su torso, incluso en su rostro.

Entonces Lana echó a correr hasta la habitación, intentó cerrar la puerta pero Dennis la alcanzó y la tiró al suelo. Marc acudió en su ayuda pero al ver la escena sobre la cama se detuvo ante el terror. Había un cuerpo irreconocible maniatado. Tenía extraños cortes e incisiones, desde algunas seguía emanando sangre.

-Marc, ¡sácame de aquí! -oyó el susurró de Lana. Instintivamente la cogió por el brazo e intentó huir, pero Dennis se interpuso y le asestó un puñetazo. Cayó conmocionado a los pies de la cama. Vio entonces la lucha entre sus inquilinos. Lana intentaba defenderse aunque los golpes de Dennis la echaban al suelo.

-¿Qué ocurre, Lana? ¿Por qué haces esto? ¿Por qué finges ser más débil que yo?

-¡Marc, ayúdame! Hay un bate en el armario.

Marc se levantó como pudo, se arrastró hasta el armario mientras seguía escuchando las preguntas sin sentido de Dennis. Sacó el bate que, ante su sorpresa y la de Dennis, había sido afilada. Lo agarró con fuerza y vio cómo su enemigo se

abalanzaba sobre él. Pero entonces Lana le agarró por el cuello y haciendo uso de una fuerza inesperada, lo tiró hacia atrás. El torso desnudo de Dennis quedó ante Marc.

-¡Clávaselo! ¡Ahora! -ordenó Lana y Marc obedeció. Cuando se produjo el desagradable chasquido, el rostro de Dennis se transformó en una terrible mueca. Pero era más que un cambio por el dolor. Era un monstruo, un lobo, un vampiro... alguien que no debía existir en la vida real. Marc cayó hacia atrás y Lana soltó el cuerpo inerte.

-¿Qué...? -Marc seguía con los ojos clavados en Dennis hasta percatarse de que Lana se estaba vistiendo con tranquilidad-. ¿Pero qué haces? ¿Qué está pasando?

Lana le sonrió y se agachó junto a él.

-Debo darte las gracias, Marc. Me has librado de él sin hacerme caer en deshonra con los míos. Oh, ya sabes... los vampiros de un mismo clan no deben matarse. ¿No lo sabías? Bueno, da igual. El caso es que creo que me irá mucho mejor sola. Se estaba volviendo demasiado blando -Marc sintió náuseas. Intentó apartarse pero ella se lo impidió-. Lo siento, cariño. No puedo dejar que te vayas. Has matado a mi compañero y yo, como buena seguidora de nuestras leyes, le vengaré. Luego huiré desconsolada y aturdida, con rapidez, pues el sol ya está naciendo -no dejó que Marc abriese la boca. Le clavó los colmillos en la yugular y gimió de placer. Marc se revolvió aunque pronto se dejó arrastrar por esa sensación dolorosa y agradable a la vez.

Abrió los ojos con esfuerzo. Se dio cuenta de dónde estaba y qué había ocurrido. Intentó escapar pero su cuerpo no se lo permitió. Lana había desaparecido, no así el cuerpo de Dennis. Marc trató de levantarse. Mareado se sujetó al armario. La imagen del joven desangrado le devolvió a su propia realidad. Estaba seguro de estar a las puertas de la muerte. Tal vez había vuelto a despertar sólo para contemplar su desdicha. Pero cuando se fijó en el cadáver de Dennis, casi irreconocible a causa de una extraña

metamorfosis que le había resecaado la piel, se le ocurrió una idea. Era descabellada, pensó mientras se acercó al cadáver, pero la constante punzada que sintió en el cuello le recordaba que en realidad todo carecía de sentido.

Con escasas fuerzas sacó el bate del centro del pecho de Dennis. Esperó casi al borde del desmayo, pero no ocurrió nada. Devolverle la existencia a un vampiro tal vez sólo fuese un mito novelesco. Dejó caer el bate y decidió aprovechar la escasa energía para llegar al teléfono. Quizas podría salvar la vida después de todo. Pero entonces sintió unas garras en su cuello.

-¿Dónde está Lana? -oyó una voz ronca. Zarandé a dos palmos sobre el suelo-. ¡Imbécil! Te has creído su teatro -Dennis le giró, de modo que Marc se encontró de frente con unos ojos que parecían absorberle-. Así que has decidido perdonarme la vida para poder vengarte. Eres un buen chico a fin de cuentas. Te prometo que la encontraré y que le transmitiré tus deseos. Pero para ello necesito recuperar mis fuerzas -Marc se agitó, haciendo un último esfuerzo por liberarse, pero era un muñeco en las manos de Dennis-. ¿Qué dices? ¿Que por la causa quieres donar la poca energía que te queda? Eso es estupendo, Marc, estupendo.

Y le clavó los colmillos.

FIN